

1.° de Octubre de 1906. Año III. N.° 67.

Redacción y Administración: Barquillo, 20, 2.° Apartado en Correos núm. 336.



SERVICIO DE EMBOSCADA

Extraordinarias aventuras de un ladrón de alto copete

Como indicábamos en nuestro número anterior, proseguimos en éste la aventura, de cuyo comienzo ya tienen conocimiento nuestros lectores. ¿En qué terminará tal aventura? Gracias á Arsenio Lupin se descubrirá en lo que á él le convenga. Veamos cómo se las compone.

Un amable convidado. — La espada de Damocles.

Danégre salió de la cárcel un viernes, al declinar el día, extenuado por seis meses de celda. La instrucción, las solicitudes, los debates, las deliberaciones del Jurado, todo esto le había impresionado grandemente y llenado de una gran tristeza. Las noches se le presentaban temibles, llenas de fantasmas y visiones, con gran fiebre y terror.

Bajo el nombre de Anatole Dufour, alquiló un cuartito en los altos de Montmartre.

Una tarde, en que se hallaba comiendo en una fonda vecina, un sujeto desconocido fué á colocarse frente á él. Tendría unos cuarenta años, y vestía abrigo de un negro dudoso. Pide sopa, legumbres y un litro de vino; se dirige á Anatole con el vaso lleno, diciendo en voz baja:

—A vuestra salud, Víctor Danégre.

Muy sorprendido, Víctor exclama:

—¡Yo!... ¡Yo!... Pero no; yo lo juro...

—¿Jura usted que no estaba de criado en casa de la condesa?

—No, no. ¡Qué idea! Yo me llamo Dufour... Pregúntele usted al patrón.

El desconocido saca de sus bolsillos una tarjeta y se la presenta. Víctor lee: "Grimandan, exinspector de la Seguridad. Especial para confidencias."

—¿Usted es de la Policía?

—Ya no lo soy; pero el asunto me gusta, y lo continúo particularmente de una manera más lucrativa. Me dedico, de tiempo en tiempo, á asuntos como el de usted.

—¿El mío?

—Sí; el de usted es un negocio excepcional, si es complaciente.

—¿Y si no lo soy?

—Lo será usted, pues está en una situación que no va á poder negar nada.

Una terrible sospecha asalta á Víctor Danégre, que pregunta:

—¿Qué dice usted? Hable pronto.

—Sea —responde el exinspector—; acabemos en dos palabras. Vengo enviado por Sincléves, heredera de la condesa de Andillot, para reclamar á usted la perla negra.

—¿La perla negra? Pero si yo no la tengo.

—Usted la tiene.

—Si yo la tuviera, sería señal de que era el asesino.

—Usted es el asesino.

Danégre se echa á reir.

—Felizmente, mi buen caballero, los jueces no han sido de la misma opinión. Todos ellos han reconocido mi inocencia, y cuando se tiene la conciencia tranquila y la estima de esos señores ..

El exinspector coge violentamente de un brazo á Danégre, y le dice:

—Basta de frases. Escúcheme bien atento, y piense en mis palabras, que bien merecen la pena. Danégre, tres semanas antes del crimen ha robado usted á la cocinera la llave de la puerta y ha mandado hacer otra igual en casa de Outard, cerrajero que vive en el número 224 de la calle Oberkampf.

—No es verdad, no es verdad —dice Víctor—; nadie ha visto la llave..; no existe.

—Aquí está—dice Grimandan presentándosela—. Usted ha matado á la condesa con un cuchillo comprado en el bazar de la República el día mismo del asesinato. La hoja es triangular y provista de una canaladura.

—Usted habla por hablar, de memoria. ¿Quién ha visto el cuchillo?

—Aquí está.

Víctor pega un salto en su asiento. El exinspector le pregunta:

—Tiene manchas mohosas en la hoja. ¿Hay necesidad de explicar de dónde provienen?

—Pero, hombre de Dios, aunque posea usted una llave y un cuchillo, ¿quién podrá afirmar que esos objetos me pertenecen?

—Primero, el cerrajero, y después, el empleado del bazar á quien usted compró el cuchillo. Les he hecho hacer memoria, y recuerdan perfectamente las facciones de usted; de manera que, puesto en su presencia, le reconocerán al instante.

Danégre tiembla de terror. Sin embargo, todavía quiere aparecer indiferente á los ojos de su misterioso interlocutor, y dice con sorna:

—Efectivamente. . Todas esas pruebas...

—Me resta otra. Usted ha marchado, después del crimen, por el mismo camino que ha entrado; pero al tropezar con una silla, ha apoyado un dedo contra la pared para guardar el equilibrio.

—¿Cómo lo sabe usted? Nadie se ha fijado en ello.

—La justicia, no; ninguno de esos señores ha tenido la idea de alumbrarse con una bujía y examinar las paredes; pero si se hace, se observará una mancha roja muy ligera, pero, sin embargo, bastante perceptible para que en ella se noten las huellas de la cara anterior de su dedo pulgar; y, como usted sabe, éste es uno de los mejores medios de identificación que posee la antropometría.

Víctor Danégre estaba trémulo. El sudor, resbalando por su frente, caía sobre la mesa. Miraba con ojos de loco á aquel hombre tan extraño que evocaba su crimen ni más ni menos que si hubiera sido un testigo invisible.

Baja la cabeza, vencido, impotente.

—Y si yo le doy á usted la perla—balbucea—, ¿qué me dará usted en cambio?

—Nada.

—¡Cómo! ¡Usted se burla! ¿Voy á dar á usted una cosa que vale miles y cientos de miles y no voy á percibir nada?

—Sí; la vida.

El miserable no cesa de temblar. Grimandan replica:

—Esa perla no tiene ningún valor para usted. Le es imposible de todo punto venderla. ¿Para qué la guarda?

—Siempre habrá ocasión... y un día ú otro... aunque por mucho menos de su valor...

—Un día ú otro, será demasiado tarde.

—¿Por qué?

—Porque la justicia le echará otra vez la mano, y esta vez con las pruebas que yo presento...

Víctor sujeta su calenturienta cabeza con sus dos manos. Después murmura:

—¿Cuándo quiere usted la perla?

—Esta noche, antes de una hora. Si no, pongo en el correo esta carta en la que Sincléves denuncia á usted al procurador de la República.

Danegre bebe dos vasos de vino, sorbo á sorbo, y dice levantándose:

—Acabemos de una vez con este maldito negocio.

La noche había llegado. Los dos hombres descienden por la calle Lepic, y siguiendo los bulevares exteriores, se dirigen hacia l'Etoile. Los dos marchan silenciosos. Víctor muy abatido y encorvado. Al llegar al parque Monceau dice:

—Este es el costado de la casa...

—¡Por vida de!... ¿Pero hemos venido hasta aquí para mirar á un estanco?

—Aquí es—acaba Danégre con voz sorda.

Se para algunos pasos más allá. Sus piernas vacilan y cae sobre un banco.

—¿Qué hacemos?—pregunta su acompañante.

—Ahí... delante de nosotros...

—¿Delante de nosotros?

—Sí, entre dos losas.

—¿Entre qué losas?

Víctor no responde.

—¿Entre qué losas?—repite Grimandan. ¡Ah! Tú quieres ponerme de mal humor.

—No... pero yo... voy á quedar en la miseria.

—Yo satisfaré tus necesidades. ¿Qué quieres? ¿Qué necesitas?

—Por lo pronto, un billete de aquí á América.

—Convenido; sigue.

—Cuente usted las losas, á la derecha del sumidero. Está entre la doce y la trece.

—¿En el arroyo?

—Sí; por debajo del andén, á poco más de diez centímetros de profundidad. Si nadie me vió esconderla, ahí estará todavía.

Grimandan se inclina, saca de un estuche un pequeño instrumento y practica una hendidura en la arena, entre la doce y trece losa.

La perla negra se encontraba allí.

Al siguiente día, *L'Echo de France* publicaba lo siguiente:

«Antes de ayer, la famosa perla negra cayó en manos de Arsenio Lupin, que la robó al matador de la condesa Andillot. Dentro de poco, los facsímiles de esta preciosa joya estarán expuestos en Londres, San Petersburgo, Calcuta, Buenos Aires y New-York.

Arsenio Lupin atiende todas las indicaciones que quieran hacerle sus corresponsales.»

—Y he aquí cómo el crimen se castiga y se recompensa la virtud—concluye Arsenio Lupin, conversando con su íntimo después de este acontecimiento.—El pobre Danégre no corre ningún peligro, pues la justicia no es gustosa de volver sobre sus pasos y revocar sus fallos. Ya ves cómo en este mundo hay que saber vivir.

—Y he aquí cómo, bajo el nombre de Grimandan, exinspector de la Seguridad, has sido tú el elegido por el destino para relevar al criminal del beneficio que le reportó su crimen.

—Justamente. Y cree que es ésta una de las aventuras que he proseguido con más ardor. Los cuarenta minutos que he pasado en el dormitorio de la condesa después de verla muerta, son para mí los más emocionantes de mi vida. En cuarenta minutos, compenetrado en una situación indecible, he reconstituído el crimen, he adquirido la certidumbre, con auxilio de algunos indicios, de que el culpable no podía ser otro que el

criado de la condesa. En fin, he comprendido que para obtener la perla, era preciso que ese criado fuese preso y yo fuí el que dejé el botón de su librea, una prueba en verdad, pero no suficiente para mostrar su culpabilidad; he recogido el cuchillo abandonado sobre el tapete de la mesa, recogí la llave olvidada en la cerradura, cerré la puerta con doble vuelta y borré las huellas sangrientas de los dedos sobre la pared. A mi entender, éste es uno de mis hechos más...

—Más geniales—interrumpe su amigo.

—Más geniales y más difíciles de comprender. Adivinar en un segundo que me convenía la prisión, primero, y después la absolución del criminal, valerme de pasar por policía para abatirle, en resumen, para ponerle en un estado de espíritu tal, que una vez libre debía inevitablemente caer en el lazo, un poco burdo, que le tendía.

—¡Pobre diablo!...

—¿Pobre diablo Víctor Danégre? ¿No piensas que es un asesino? Sin embargo, será la última inmoralidad que cometa. Danégre vive, ¿comprendes? vive.

—Y la perla negra para ti.

Arsenio saca la perla de uno de los bolsillos secretos de su cartera. La examina, la contempla entre sus dedos y exclama lleno de emoción y melancolía:

—¿Quién será el poderoso ó rajah imbécil y vanidoso que te posea? ¿A quién estará destinado este pequeño trozo de belleza y lujo que ornaba el nítido pecho de Leonida Talti, desgraciada condesa de Andillot?...

Aquí acaba la primera serie de la vida de Arsenio Lupin.

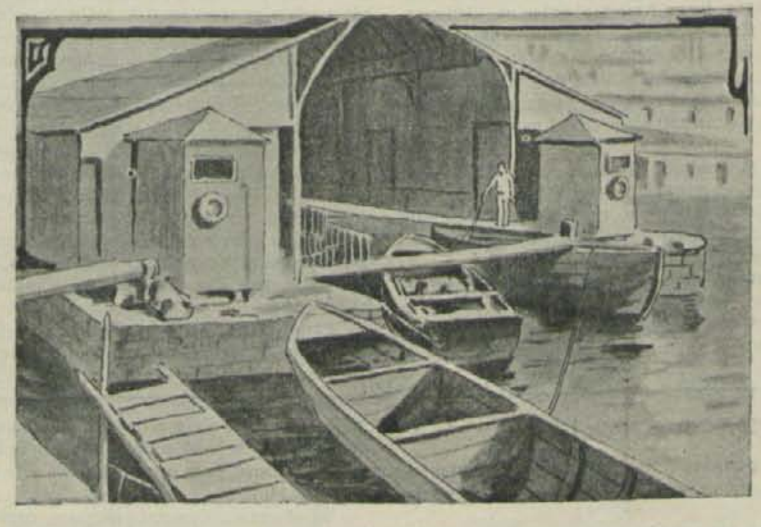
De este célebre y audaz malhechor va á cesarse de hablar durante un corto espacio de tiempo. Y es porque va á preparar otro golpe prodigioso y misterioso á la vez y que dará que hablar á todo el mundo. Ya sabemos que estos hechos no hay quien los efectúe con la habilidad y maestría que él.

Esperemos los acontecimientos, que no tardarán en sobrevenir.

Una brigada fluvial de seguridad.

La flotilla del prefecto.

Entre criticar á nuestra Policía, y entre hacer ensayos, cada vez más desdichados, para organizarla y reorganizarla, pasamos en España lastimosamente el tiempo, sin que consigamos el respeto y la consideración pública para tan imprescindible instrumento de gobierno, ni alcancemos tampoco de aquélla ese grado de eficacia que causa nuestra admiración cuando examinamos la de otros países más venturosos.



En este punto nada tenía que envidiar la Policía francesa á la de nación alguna, y sin embargo, el espíritu de perfectibilidad llevó no á una poco meditada reforma de corte genuinamente español, sino á un ensayo que no ha podido ser más beneficioso.

El 10 de abril de 1900 creóse en París un Cuerpo suplementario de 18 agentes de seguridad para la exclusiva vigilancia del Sena; los elegidos lo fueron después de un serio concurso de natación y pilotaje de barcos. Esta institución funcionó provisionalmente hasta conocer sus resultados, estableciéndose ya con carácter definitivo, en vista de ellos, el 1.° de abril de 1902. En tal fecha, como la experiencia había demostrado suficientemente la utilidad, la brigada fué muy reforzada hasta completar el número de 40 hombres, de que consta ahora.

Cada noche hacen rondas á las inmediaciones del río ó dentro de él, procediendo á la detención de los numerosos individuos que aprovechan aquellas soledades para sus actos criminales, y salvando á los que voluntaria ó inesperadamente se hallan en riesgo de ahogarse.

Al principio servíanse los agentes de pequeñas barquillas para sus servicios, pero después se les dotó de dos hermosas lanchas de vapor, con las cuales, amén de una exquisita vigilancia, transportan los hombres rápidamente de un extremo á otro de la gran villa. En tanto, los famosos perros *Paris*, *Diana* y el pequeño *Argos*—elementos esencialísimos de esta simpática agrupación—hacen recogidas numerosísimas ó libran de la muerte á algún desgraciado.

Durante los tres primeros años, 89 barcos y 27 redes fueron cogidos por dedicarse á industrias indebidas y 466 kilos de pescado furtivamente cogido pasaron á los hospitales.

Estos resultados no satisficieron por completo; los progresos de la navegación automóvil son rápidos y el famoso prefecto M. Lepine ha querido utilizarlos también. Una de las dos lanchas había envejecido y su velocidad mostrábase insuficiente; hasta el ruido que producía anunciaba su presencia á los pescadores furtivos y, en general, á cuantos convenía sorprender. Puesta en venta, se ha adquirido en sustitución suya otra excelente, de la que se esperan grandes éxitos.

La *flotilla del prefecto*, que así se la denomina cariñosamente, se guarda en los *docks* de la Prefectura, amarrada al muelle de Orfevres. Admirablemente entendidos estos *docks*, se componen de un *garage*, de un taller de reparaciones, de la habitación del guarda y de un museo verdaderamente curioso, en el que se hallan reunidos elementos de salvamento y fotografías del más alto interés.

En él se encuentra también la perrera y los tres simpáticos perros salvadores, á los que se rodea de los mayores cuidados y atenciones, que con ser muchos no son tantos quizá como merecen tan inteligentes animales.

Los habitantes de las inmediaciones del Sena se consideran felices con esta institución que tan ligeramente hemos dado á conocer, y para suplir lo que la falta de espacio nos obliga á callar, utilizamos este grabado, en el que figura en el primer plano una barca capturada la noche precedente.

Aunque el *caudaloso* Manzanares no requiere tales elementos, ¿cuándo contaremos con los necesarios para limpiar de toda clase de seres nocivos sus mal olientes riberas?—*G. G. de la G.*

Lo que descubre un botón. Criminal por amor á la industria patria. Policía malogrado.

En circunstancias verdaderamente extraordinarias y de comprobación dificilísima, apareció asesinada hace poco días, en París, una anciana señora. Paralítica desde algunos años antes, y sola en aquella ocasión, al regresar su marido después de unas horas de ausencia, encontró á su pobre compañera, rígida ya, degollada, en un mar de sangre, y con señales evidentes de haberse cometido un robo, como confirmaban el desorden de los muebles y la fractura de los que contenían dinero y objetos de valor, cuya desaparición fué demostrada.

Ningún signo, ningún rastro, ningún antecedente podía poner á la justicia en camino para el descubrimiento de los autores de tan emocionante crimen. Habíanlo llevado á cabo con admirable sagacidad y nada dejaron olvidado que les comprometiera ó acusara.

Sólo la portera indicó que un joven se había presentado preguntando si se hallaba en su cuarto Mme. Lucas, que así se llamaba la víctima. Acababa de hacer esta declaración en el comedor de la casa robada, cuando M. Hamard, jefe del servicio de Seguridad, que la escuchaba, inspeccionando el piso, encontró un botón de botina y entregándoselo á uno de sus agentes le dijo:

—Guárdelo usted, tal vez tengamos ocasión de volver á hablar de él.

La manifestación de la portera sirvió de base para una serie de hábiles é interesantísimos trabajos de investigación á que se dedicó la Policía — en cuyo relato no podemos entrar por falta de espacio—, los cuales vinieron á parar á la presunción de que quizá los asesinos pertenecieran á la familia Amiot, uno de cuyos individuos, niño de doce á trece años, servía como aprendiz en el taller de bisutería del hijo político de la asesinada. El hermano mayor, Jorge Amiot, alejaba, no obstante, toda sospecha: su voz dulce y suave; su aire tímido y meloso; su conducta arreglada, pues ni siquiera bebía; hasta su misma edad, diez y siete años, le ponían á cubierto de cualquier juicio desfavorable; sólo un dato perjudicaba este proceder correctísimo: hacía ocho días que había entablado relaciones íntimas con una muchacha.

Al pasar la Policía al domicilio de aquél, sólo estaban en casa la madre y el hermano pequeño; fué preciso esperarle.

A las dos de la mañana, el portero, que es al mismo tiempo vendedor de vinos, cerró la puerta de su establecimiento y todo quedó en tinieblas; sólo los agentes vigilaban.

De pronto se oyó un violento sonido de la campanilla; abierta la puerta aparecieron Jorge Amiot y una mujer muy elegante y de mayor edad que él. En vez de dirigirse, como de costumbre, á su habitación, pidió otra al muchacho de servicio de la casa.

Abonado el importe, pasaron á ocupar la señalada con el número 11, donde fueron seguidamente capturados y conducidos á la comisaría.

El interrogatorio fué una verdadera maravilla de habilidad por parte de M. Hamard; pero toda su experiencia, toda su autoridad, toda su maestría, se estrellaban ante aquel rostro sereno, ante aquella pura mirada, ante aquel candor juvenil y atractivo.

Ni el hallazgo en su poder de 570 francos, cuya procedencia era difícilmente explicable, ni las manchas de sangre que se notaban en el pantalón, ni otros detalles cuidadosamente advertidos, fueron motivos suficientes para que su entereza se debilitara, ni para que aceptase el más leve motivo de cargo.

Cansado de esta lucha el comisario, dirige su mirada hacia el calzado del detenido, y con aire socarrón le dice:

—Veo, mi buen amigo, que le falta un botón.

—¡Pst! lo habré perdido en la calle; suelo andar deprisa y...

—No—replicó entonces M. Hamard. — El botón que le falta, querido mío, lo perdió usted ayer en el comedor de madame Lucas, y es éste; éste precisamente, que yo encontré junto al cadáver de aquella pobre señora—y se lo mostró.

El efecto fué sorprendente: pálido, tembloroso, trémulo y agobiado bajo el peso de aquella aparición inesperada, concluyó por confesar su crimen, que realizó solo, desde el asesinato al robo, con una perfección pasmosa.

Prescindiendo ya de estos enojosos detalles, hizo otra clase de manifestaciones que merecen la pena de registrarse.

—Cometí el hecho — dijo — forzado por mis camaradas, los cuales tenían necesidad de dinero para fundar en América una gran fábrica de automóviles. Dos amigos, uno mecánico y otro electricista, estaban en el complot. Nuestro propósito — añadió — era trabajar para el desenvolvimiento de la industria francesa en el extranjero. Puro amor patrio, y nada de fines é intereses egoístas. Como si esto fuera poco, dijo también que su intención más sincera, el verdadero ideal de su vida era haber ingresado en la Policía.

—Pues ya está usted en ella — le respondió M. Hamard.

—No es así como yo quería. En los dramas que he visto en el teatro, he admirado siempre el papel bienhechor de la humanidad que el policía desempeña, y hubiera querido también llegar á ser uno de esos preciosos auxiliares de la sociedad, para protegerla contra los malhechores, cada día más numerosos y dañinos. Por eso soy partidario de la pena de muerte...

Ya lo saben los llamados á descubrir delitos: no desprecien ningún detalle, por insignificante que parezca, ni se ablanden por esas voces armoniosas, ni crean en las ideas de filósofos sonrosados —*G. G. de la G*

Amazonas en acción.

Cuando hablen de pasiones violentas, de amores profundos y de *dramas con tesis*, ríanse del teatro de Calderón y de los odios sarracenos.

Para querer y odiar, las volubles parisinas; y para dejarse querer y dar *achares*, los *golfos parisinos*.



Por el rizoso y naciente bigote moreno de un vagabundo del boulevard Rochechouart, hallábanse igualmente locas dos muchachas, de diez y siete y veinte años, respectivamente.

Ni una ni otra podía consentir ser á medias partícipe del corazón amado. Había que conquistarlo. ¿Cómo? Como se resuelven los grandes problemas humanos.

A las dos de la mañana de uno de los pasados días pusiéronse frente á frente ambas amazonas, blandiendo cada una su puñal; el encuentro fué espantoso; no digamos que lanzaran chispas los aceros, pero seguramente conducían el veneno del odio, y tantos y tales golpes se dirigieron, que las dos resultaron gravemente heridas, la una perdiendo para siempre la belleza, si no pierde la vida, porque de la oreja izquierda sólo le restan señales de haber existido.

El afortunado mortal por quien este combate se efectuaba, y que presenció impasible, tal vez busque vanamente en el pecho de otra ingrata, correspondencia á amores que ardan en el suyo...

¡Que éste es el mundo!...

Se nos anuncia la muerte dramática ocurrida en Springfield, á Mr. Daniel Wesson, jefe de la casa armadora «Smith and Wesson». Mr. Daniel Wesson, que estaba condenado á muerte por la Sociedad secreta italiana la «Mano Negra», se hacía guardar durante la noche por hombres armados.

Al cabo ha muerto loco de terror y dejando una fortuna de veinte millones de dollars.

Estafadora norteamericana.

La familia de los Humbert es inacabable; bajo todas las latitudes se reproduce, como bajo todas las latitudes, también, crece y se multiplica la ilimitada serie de los tontos.

Las estafas de la norteamericanita son verdaderamente geniales; no puede negarse. Llámase Helen Hamilton; y para efectuarlas publicaba anuncios así concebidos:

«Joven viuda, que posee soberbia casa y renta considerable, desea casarse con un hombre de negocios y buena posición.»

A cuantos acudían al cebo, enseñaba su casa ricamente amueblada y se declaraba deseosa de casarse, tanto porque la soledad le pesaba, como porque su primer marido le había legado una rica mina de oro, en Méjico, y necesitaba verse protegida contra las pretensiones avaras de un hermano suyo.

Su belleza no tardaba en excitar el deseo del pretendiente, y por último se concertaba el casamiento.

Al llegar á este punto, Helen Hamilton, se daba maña para



obtener magníficos regalos matrimoniales, concluyendo por admitir de su prometido, en concepto de préstamo nada más, miles y miles de dollars, para sostener un proceso contra aquel tunante de su hermano, que no la dejaba en paz con la mina de oro consabida.

Cuando lo había conseguido, desaparecía de escena, sin dejar el menor rastro de su persona.

Helen Hamilton, cuya mina de oro no ha existido jamás, ó tanto al menos como los Crawford de Mme. Humbert, ejercía su industria desde hace varios años. Su marido—porque no es viuda—desempeñaba en estas comedias el papel de ayuda de cámara.

Tanto va el cántaro á la fuente, que al fin se rompe, y así nuestra *miss* tuvo su mal cuarto de hora, que la obligará á comparecer en breve ante los Tribunales.

Los que hablan de la esclavitud del pueblo ruso y quieren concederle todos los derechos civiles y políticos, no saben que hay extensas comarcas en aquel imperio, en las cuales todavía se practican sacrificios humanos.

Hay que convenir en que se compadecen muy mal estas salvajes costumbres con el sufragio universal y el juicio por jurados.

Actos, no palabras.

Lo dice la estadística; lo afirma el fiscal del Supremo, lo reconoce el ministro del ramo. *La criminalidad aumenta de una manera que preocupa hondamente y debe llamar la atención de los encargados de velar por la seguridad personal.* Movido por este conocimiento, el Ministerio de Gracia y Justicia está dando muestras de extraordinaria actividad: hemos perdido la cuenta de las reales órdenes circulares que en pocos días ha publicado con propósito de corregir desde la tramitación excesivamente perezosa de los procesos, hasta la vagancia, el uso de armas prohibidas, la embriaguez y otros males de todos conocidos.

Cada vez que vemos una nueva disposición legal temblamos por sus resultados. El aumento de la criminalidad y las consiguientes desdichas de este país, no dependen de que tales ó cuales mandatos estén claros ó confusos y que se concuerden ó no entre sí: el mal está en que nada de lo mandado se cumple y en que ninguno de los llamados á hacer observar las leyes, las cumple á su vez ni las hace cumplir. Por eso las consecuencias son diametralmente opuestas de las presumidas por el legislador.

Inobservadas quedaron las que recuerdan estas recientes disposiciones, é inobservadas serán las que ahora se dictan, las cuales no harán más que aumentar la larga serie de las ya olvidadas.

Más que de mandatos, de lo que estamos sedientos es de actos.

Cese definitivamente esa prodigalidad de los indultos, esa lenidad de los jurados, esa tolerancia con el provocador de oficio, con el que difama, con el que conculca; terminen las complacencias con el que á pretexto de ideales políticos y de libertades mal entendidas atenta á la autoridad, ataca á la fuerza pública y lleva á todos los organismos el virus de la inmoralidad; téngase energía y decisión para imponer la ley, aun arrostrando la impopularidad, y eso servirá más, mil veces más, para contener la ola criminal que nos embrutece, que todas cuantas medidas publique el periódico oficial en prosa más ó menos rebuscada.

Si alguna disposición hubiéramos de adoptar nosotros, sería bien breve, pues sólo contendría dos puntos:

Cumplimiento riguroso por todo español, de las leyes, reglamentos, ordenanzas y disposiciones vigentes; y cumplimiento, más riguroso aún, de las mismas por todos los Tribunales, Autoridades, corporaciones y personalidades obligadas á aplicarlas.

Y exigiendo y predicando con el ejemplo es como se regenera.—*P. de la P. P.*

Hay que saber pedir gracia. Un dragón inglés encontró á uno de sus camaradas en conversación íntima con su mujer, y sin conmoverse le dijo:

—Esta primera vez te perdono; pero si te hallo la segunda, te prometo arrojar tu casco por la ventana.

El amigo conoció que la pena era bien pequeña y volvió á su intimidad pasada. El marido los sorprendió y cumplió su palabra; después se fué á palacio, se arrojó á los pies de Jorge I y le pidió gracia.

—Cuéntame el caso—dijo el rey.

—Señor—contestó el dragón—, he arrojado por la ventana el casco de uno de mis camaradas, á quien he encontrado en conversación íntima con mi mujer.

—¡Ah! ¡Ah!—exclamó el soberano—, yo te perdono, porque el delito merece la pena de que arrojases el casco por la ventana.

—Señor—dijo el dragón—, es el caso... que la cabeza de mi compañero estaba dentro del casco.

—Pues bien—contestó el rey dejando de reir—, he dado mi palabra y no la revoco. Estás absuelto.

⁂

Thomas Perkins dijo á su hijo Willy: «¡Esta tarde vas á ver una cosa espantosa!» Llegada la tarde, Perkins toma un escoplo y un martillo y empieza á golpes con su mujer y cuatro hijos. Willy suplica á su padre que no le mate y es al único que hace gracia. Las demás víctimas han recibido heridas tan espantosas, que no hay esperanzas de salvación.



¡Conque estás libre! —exclamó al fin con una expresión de alegría tan verdadera y tan triste, que el corazón de José vibró como un metal sonoro; se le erizaron los cabellos, y por un movimiento involuntario, cayó á los pies del gobernador.

—¿Qué fraile es éste?—preguntó Manuel Argoso.

—Un ángel, padre mío—respondió Dolores—; un ángel que nos ha reunido.

—¡Demasiado tarde! —murmuró sordamente el gobernador.

—¿Por qué demasiado tarde? —replicó la joven.—Vos padecéis, pero os salvaremos.

Ella no comprendía que la Inquisición había convertido en un cadáver á aquel hombre robusto.

José no pudo contenerse más, y en medio de las lágrimas que le ahogaban y de la indignación que le mataba, exclamó:

—¡Infeliz joven! ¡no veis que han destrozado sus miembros!

—¡Callad, callad! —exclamó vivamente el padre; pero ya era tarde: Dolores lo había comprendido todo.

Aniquilada, anonadada, se arrojó de rodillas ante la cama en que yacía su infortunado padre; levantó suavemente sus miembros, cubrióles de besos y de lágrimas; porque le parecía que á fuerza de ternura volvería á su padre la vida que le habían robado.

Pero viendo por fin que sus esfuerzos eran inútiles, y que el desgraciado gobernador, siempre inmóvil, sólo vivía por el dolor, volvióse con cólera hacia el dominico, y le dijo:

—¡Vos lo sabíais y no me lo habéis advertido!

—Si yo lo hubiese sabido—respondió José—, no os hubiera conducido aquí; he sido engañado como vos, Dolores; le han aplicado el tormento inmediatamente después del interrogatorio, lo que casi nunca se hace, y vos sabéis que ayer me fué preciso ausentarme de Sevilla.



—¡Oh, Dios mío! le han matado—gritó dolorosamente la hija.

Y cubriendo las manos de su padre de besos convulsivos, continuaba:

—Veis, padre José, no puede hacer ningún movimiento, y le han abandonado así en este calabozo infecto, sin ni siquiera curar sus heridas. ¡Oh, padre mío! ¿cómo habéis podido vivir en esta prisión que es una tumba?

—Cálmate, hija—dijo dulcemente el gobernador—; mis males no son incurables; yo curaré, cálmate.

—Sí, vos curaréis - dijo ella con resolución—, porque yo permaneceré aquí para cuidaros. ¿Quién me arrancará de su lado?—exclamó la noble hija lanzando á su alrededor una mirada sublime.

—Yo—respondió José—, yo, que quiero salvaros á los dos.

—Ya me habíais dicho esto, y no obstante, ¿á qué estado le han reducido? Todos me engañais; yo no escucho á nadie más que á mí: ¡quiero quedarme aquí!

—Dolores—dijo el fraile—, creedme, no cedais á esta exaltación inútil; permaneced libre para salvar á vuestro padre. No volverán á continuar tan pronto la instrucción de su proceso. ¿Ignorais que Esteban y Juan de Avila se ocupan en los medios de arrancarle de la Inquisición?

—¿Me han procurado testigos? — preguntó Manuel Argoso con voz débil.

A esta palabra de testigos, la hija del gobernador puso su atención, y recordó el proyecto que ya la había ocupado.

—Padre José—dijo ella volviéndose hacia el joven dominico—, ¿me asegurais que las heridas de mi padre son curables?

José, que tenía algunos conocimientos en cirugía, reconoció sucesivamente todos los miembros del preso, y dijo:

—Os lo juro; dentro de algunos días vuestro padre podrá andar; sus articulaciones han sido repuestas.

—Pues bien —prosiguió Dolores disimulando su pensamiento por miedo de que José le impidiese ponerle en ejecución—, aguardaré la vuelta de Juan de Avila.

—Don Manuel—dijo el fraile dirigiéndose al gobernador—, no os apresuréis á manifestaros curado, retardad lo posible un segundo interrogatorio, dejad á vuestros amigos el tiempo de llegar... Dios tendrá piedad de nosotros—continuó con una sombría exaltación—, y no está lejos el día de la venganza.

—Ahora todo lo puedo sufrir—respondió el gobernador—; mi hija está libre y vos no nos venderéis—añadió mirando á José con un aire indefinible.

Manuel Argoso tenía miedo de este hombre que vestía el hábito de la Inquisición.

—Yo le debo la libertad—dijo vivamente Dolores, que comprendía los recelos de su padre—; él me ha salvado del deshonor y de la muerte; confiad en él... Y vos, padre José—añadió

con amabilidad —, perdonad mis injusticias y mis resistencias; ¡oh! ¡padezco tanto, Dios mío!

—¡También he padecido yo! — respondió amargamente el joven dominico—; y he ahí por qué me intereso por vos y os perdono.

En este instante se oyeron pasos en la estrecha escalera que conducía á los calabozos.

José ocultó aprisa el farol bajo su capa, y mirando al gobernador y á su hija, dijo:

—Silencio y esperad.

Un amargo sentimiento de duda atravesó el corazón de Manuel Argoso, que á pesar de la confianza de su hija, temía una traición; mas con todo, no lo demostró.

El ruído aún duró algunos minutos. Los que bajaban la escalera pasaron por delante de la puerta del calabozo en que estaba encerrado el gobernador, después se alejaron algunos pasos; abrióse la puerta de un calabozo inmediato, volvióse á cerrar, volvieron á subir otra vez la escalera, y sólo se oyeron sollozos convulsivos que el grosor de las paredes no podía interceptar.

Los esbirros del Santo Oficio acababan de terminar una expedición nocturna.

—¡Otra víctima! — dijo amargamente José.

—Una mujer — añadió Dolores temblando —; la he reconocido por la voz.

—¡Véte, véte! —exclamó el gobernador.— El aire de esta prisión es contagioso; vuélvete á la libertad, Dolores mía, ¡ya nos volveremos á ver, véte!

—Sí, nos volveremos á ver, padre mío, porque volveré — dijo interrogando á José con una mirada.

—No aquí —dijo vivamente el gobernador —; aquí no, yo te lo prohibo; haz lo que puedas para librarme, pero en nombre del cielo, no vuelvas aquí.

—Venid, venid—dijo José—, vuestro padre tiene razón; en las cárceles del Santo Oficio jamás está uno seguro.

—Aun no, ¡oh! ¡aun no!—decía Dolores adhiriéndose á su padre, que no podía dejar.

—Es preciso — prosiguió el fraile, usando casi de la violencia para desasirla.—Adiós, don Manuel, confiad, vos tenéis amigos que os salvarán.

En este momento el carcelero entreabrió la puerta del calabozo y dijo á José:

—Reverendo padre, lleváos á esta joven, os lo suplico; no está segura aquí y yo comprometo mi vida; os lo suplico, lleváosla.

—Partamos—dijo resueltamente Dolores —; no quiero comprometer la vida de nadie. Adiós, padre mío, es preciso evitar que vuestra desgracia recaiga sobre otro; adiós y tened confianza—añadió en voz baja abrazándole otra vez.

Dolores y José salieron, y cerróse al punto la puerta del calabozo.

La nigromancia de las manos, según la gente maleante y supersticiosa.

Las líneas.

Estas son los surcos más ó menos pronunciados, más ó menos largos, que señalan y atraviesan las manos en distintas direcciones.

Estando las líneas más marcadas en la mano izquierda que en la derecha, aconsejamos á nuestros lectores que para hacer estas observaciones se fijen en la mano izquierda.



Línea de Vida (signo de longevidad, salud, etc.).—*Larga y perfectamente trazada:* vida de larga duración y buena salud; *doble:* vejez muy prolongada y muy dichosa.

Línea de Cabeza.—*Bien trazada y larga:* juicio sano, claridad de espíritu; *muy desviada de la línea de Vida:* confianza en sí mismo; *si comienza bajo Saturno:* muerte violenta.

Línea de Corazón. *Bella y pura, bien trazada, partiendo del monte Júpiter y llegando hasta el de Mercurio:* amor fuerte y dichoso; *corta:* corazón seco; *encadenada:* inconstancia; *roja:* amor trágico; *pálida:* desarreglo, mala vida, costumbres licenciosas.

Línea del Destino, de Saturno, de Fatalidad ó suerte.—Esta línea tiene tres puntos de partida: *1.° de la línea de la Vida:* buen augurio; *2.° del plano de Marte:* enojos pasajeros; *3.° del brazalete:* suerte, destinos extraordinarios; *4.° del monte de la Luna:* dicha en el amor, riqueza en el matrimonio ó herencia impensada.

Línea de Salud ó hepática.—*Bien marcada y larga:* mucha salud y gran inteligencia; *sinuosa:* salud dudosa.

Línea de Intuición (esta línea es muy rara, parte de la línea de Salud y llega hasta el dedo pequeño).—Visible solamente en las manos de personas de una inteligencia y una imaginación extraordinaria. Revela una percepción de los hombres y de las cosas espontánea, intuitiva, independiente de la reflexión. Indica el don de profecía.

Apuntes sobre organización de un Cuerpo de Policía.

Bajo este modesto título acaba de publicarse un libro de trascendental y capitalísima importancia; tanta es, que, á seguir sus preceptos, la vida nacional cambiaba inmediatamente.

Contienen sus breves páginas el juicio más imparcial, la crítica más sana, el estudio más acabado y perfecto de nuestro estado político-social; y, lo que es mejor, señalan el camino que puede poner término á esta lamentable situación que nos incapacita para el progreso.

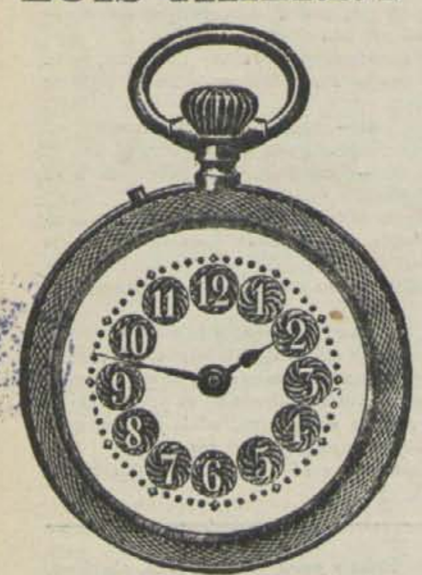
El cumplimiento inflexible de las leyes y la perfectibilidad del instrumento llamado á hacerlas cumplir, son en síntesis los fines que se propone tan hermoso libro, cuyos autores, el dignísimo magistrado D. Felipe Pozzi, tan querido y amante de la Guardia civil, y el ilustrado capitán de este Instituto D. José González Hernández, han realizado con su publicación un acto altamente patriótico.

Nunca como ahora sentimos que nuestras columnas no permitan dedicar más grande espacio al examen de los libros; pero el notabilísimo que comentamos, por la elevación de sus conceptos, por la valentía con que los expone, por su estilo noble y levantado, y por lo que afecta á la Guardia civil, sobre cuya base tiende á edificar esa magna obra de regeneración nacional, bien merece esta excepción; y al recomendar á nuestros abonados la lectura, enviamos á los autores la felicitación más cumplida y entusiasta.

Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY

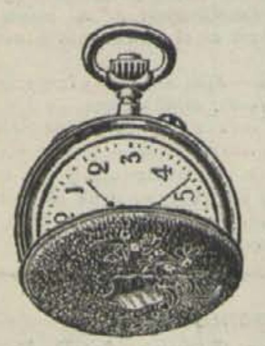
Fuencarral, 59.—Madrid.



El Cronómetro Thierry

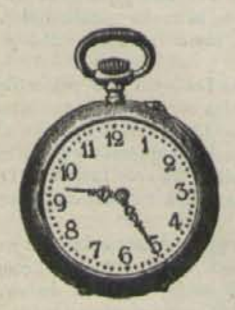
Reloj de acero con contornos dorados al fuego, esfera rica, máquina superior, escape Roskopf, de marcha superior............ **19,50 pesetas.**
Idem de acero. (Elegante)... **18.50** —
Idem de níquel puro. (Idem). **18.50** —

En 4 plazos mensuales.



Reloj de señora, de doble tapa, símil oro chapeado, máquina garantizada, **30 pesetas.**
Verdadera imitación del reloj de oro, ídem en plata, **28 pesetas.** Idem extrafina rica ornamentación, **35 ptas.**

En 4 plazos mensuales.



Magnífico reloj de señora. Elegante, de muy buena máquina, de acero azul, **20 pesetas.** Idem extraplano, **25 pesetas.** 1.ª clase extra, **30 pts.**

En 4 plazos mensuales.

EL ESPECIAL

Reloj-cronómetro para los Cuerpos de Guardia civil y Carabineros.

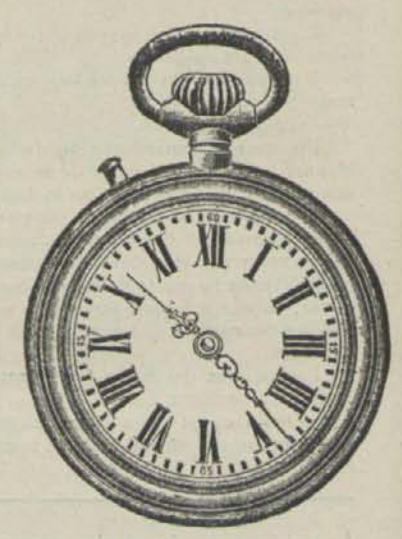


Este hermoso ejemplar que tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores, es un magnífico reloj construído expresamente para Guardia civil y Carabineros. En su elegante esfera lleva la inscripción del Cuerpo y el dorso—que nuestro cliché reproduce—es el real escudo, esmaltado con los colores nacionales y aplicaciones doradas. El reloj **Especial** tiene una marcha perfecta, está montado sobre rubíes y su perfecto ajuste le hace refractario á la humedad. Su precio de fábrica es 50 pesetas. Los individuos de Guardia civil y Carabineros pueden adquirirlo por **40, pagaderas en cinco plazos mensuales.**

Los pedidos al Sr. Thierry. Fuencarral, 59, Madrid.

NOTA Este reloj es de una sola tapa y el grabado representa *la parte posterior.*

Dicho reloj es un poquito más pequeño que el representado en este grabado.



Regulador Patent.

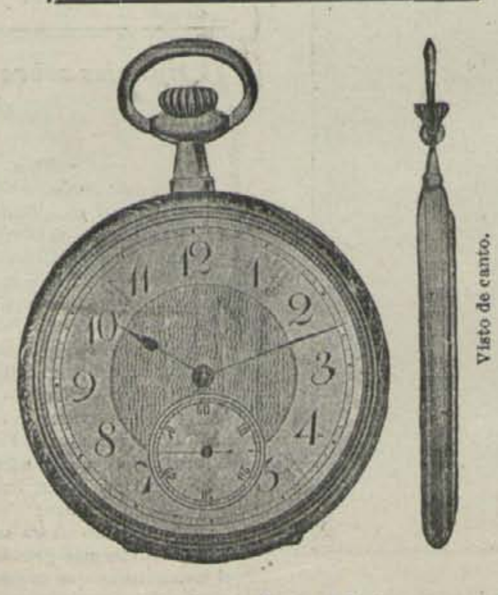
De los ferrocarriles de Francia, de uso general para todos sus empleados, por su fuerza y gran precisión, de escape Roskopf. Reloj elegante, extraplano, marcha cronométrica.
En acero azulado.................. **28 ptas.**
Idem en níquel puro (extraplano) . **27** —
Idem grabado (no extraplano)..... **25** —
Idem en plata...................... **39** —

Recomendamos especialmente estos relojes.

En 4 plazos mensuales.

Este mismo reloj, con doble tapa de plata rica ornamentación.... **45 ptas.**

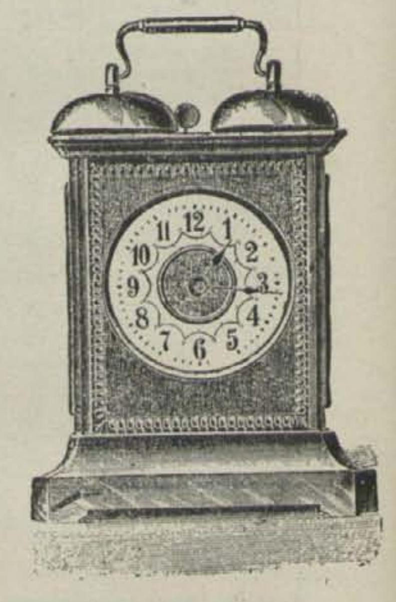
En 5 plazos.



Reloj elegancia novedad.

El más plano ó aplastado conocido hasta hoy; «del canto de un duro», de máquina extrafina, áncora, 15 rubíes, marcha cronométrica, esfera de plata De caja de acero azulado, **40 pesetas.** Caja de plata, rica ornamentación, **45 pesetas.** Idem doble tapa, **62 ptas.**

En 5 plazos mensuales.



Caja metal niquelada.

Despertador doble, dando sobre dos campanas.

Buena máquina de áncora, **20 pesetas.**

En 4 plazos.

Nota: anda sobre todas las posiciones.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316